

«¿Hay que ser ignorante para gobernar?»

Jean-François Revel

¿Está mejor gobernado el mundo desde que está mejor informado? Sin duda, esta es una de las preguntas más turbadoras de nuestra época y una de las más decisivas para el porvenir del hombre. Hace algunos siglos, o tan solo unos cuantos decenios, las aberraciones de los gobiernos y de los pueblos podían atribuirse a la ignorancia, excusable por la imposibilidad de poseer una multitud de datos económicos, demográficos, incluso geográficos, cuya ciencia apenas existía aún. En cambio, hoy en día, con la masa de informaciones disponibles en todo momento, un gobierno o una opinión pública solo se engañan y se precipitan a la desgracia queriéndolo con toda deliberación. Al menos tenemos derecho a creerlo así.

Dicen que los hombres de Estado poseen informaciones confidenciales, precisas, cifradas, que no tiene el ciudadano común. Me alegro mucho por ellos. Pero podemos preguntarnos si empiezan por dedicar cierto tiempo a leer y a meditar el tesoro de informaciones completamente públicas y publicadas que aparecen todos los días. Uno llega a dudarlo después de oír algunos de sus diagnósticos, que a menudo están en contradicción tan manifiesta con las informaciones sobre la realidad que, sin embargo, están al alcance de todos.

Pensaba yo en esta paradoja mientras me entregaba a la lectura del Ramsés (el «Informe anual mundial sobre el sistema económico y las estrategias» para 1983 y 1984), debido al Ifri, el Instituto Francés de Relaciones Internacionales (Éditions Economica). Se trata de una fotografía de la situación mundial, fotografía, desde luego, analizada, interpretada, y que, lo cual no deja de ser significativo, tiene hermanos gemelos o rivales: en efecto, en el mismo momento se publica en Nueva York y en Londres el informe del Instituto Worldwatch, titulado sencillamente: *El estado del mundo* (The State of the World, 1984). Esta segunda síntesis, de inspiración diferente, más ecológica, se sitúa más bien en la herencia del Club de Roma. Los dos informes tienen el mérito de poner ante nuestros ojos una documentación internacional, subdividiéndola con claridad según los problemas y las regiones del globo. Todos los lectores no sacarán de esta documentación las mismas conclusiones prácticas. Pero nadie que tome decisiones tiene derecho a no conocerla a fondo, ya sea con deliberación o sin ella. Y por desgracia, ello ocurre con demasiada frecuencia, lo cual convierte en superfluo todo el tinte de los «proyectos de sociedad» contruidos sobre el error.

Tomemos el ejemplo de la reducción de la edad de jubilación. Esta reivindicación tradicional y respetable acaba de concederse por los que toman decisiones políticas en el mismo momento en que un conocimiento elemental de los datos demográficos en los países industriales demuestra que «nos precipitamos», según las palabras del Ifri, hacia una «casa de locos». Porque la conjunción del alargamiento de la vida humana y el descenso de la natalidad hace cada vez más insoportable y, lo que es peor, insolvente, el creciente peso de los inactivos pensionados sobre la espalda de los activos que pagan, cada año menos numerosos. Por este motivo, leemos en el Ramsés, aunque el año 1983 ha sido en Francia el de la jubilación a los sesenta años, «en el curso de los próximos años no tendrá lugar la reducción de la edad de jubilación, sino el alargamiento de la edad de jubilación».

Por otra parte, los conocimientos demográficos son imprescindibles para la comprensión de varias de las crisis de nuestro tiempo, y en consecuencia para su solución. El Ramsés, muy influido por la obra de Alfred Sauvy, en esta cuestión como en otras muchas, me parece más moderno y más rico en explicaciones que el informe Worldwatch. En efecto, este último mantiene intacta la tesis antigua (1972) del Club de Roma según la cual limitar la población va a permitir superar a la vez la desnutrición en el tercer mundo y el paro en el mundo rico. Ahora, entre los continentes del tercer mundo, África tiene a un tiempo el nivel de vida más bajo y la menor densidad de población, sin ser por ello el más desprovisto de capacidades potenciales de producción.

En cuanto a los países desarrollados, cuya natalidad es estacionaria cuando no retrocede en relación a las defunciones, no sacan ninguna ventaja con ese parón de su fecundidad. La penuria de hombres frena la actividad, y ello hace aún más escasos los puestos de trabajo. Las terribles consecuencias económicas, sociales y culturales de las diferencias demográficas empiezan a ser objeto de estudios muy alarmantes. Si hubiera habido más ciudadanos y dirigentes políticos franceses que se hubiesen tomado la molestia de leer, habrían comprendido mejor, y tal vez previsto, el comienzo electoral del Front National de Le Pen. Porque, como es natural, todo país rico subpoblado atrae la inmigración: acude en masa a esa zona de baja presión demográfica. Para colmo, cuanto más diseminada está la población acogida, menos puede fundirse en el país de acogida, y adoptar su cultura y sus costumbres. Cuando en una escuela el número de alumnos de origen extranjero rebasa cierto umbral, la transmisión de la cultura francesa se hace difícil. La población inmigrada se repliega, pues, en enclaves, lo cual suscita reacciones de hostilidad. Estas deben condenarse, a condición de no dejar de explorar los basamentos demográficos y sociológicos. De lo contrario, nos condenamos a la impotencia. Hablar entonces de «reparación del fascismo» es insuficiente, no explica nada, no remedia nada.

Las grandes incógnitas que angustian a la humanidad se suceden unas a otras con una rapidez muy instructiva. Hoy en día, el descenso de la demografía probablemente constituye el peligro mundial más grave para los países desarrollados. Hace unos años, o solo unos meses, todos veían la crisis de la energía como el peligro mayor. En 1983, la demanda mundial de energía ha decrecido, contra todos los temores y todas las previsiones. «De ahora en adelante», escribe un experto, «la economía puede progresar sin que aumenten las necesidades energéticas».

Las exportaciones de petróleo bruto de Oriente Medio han disminuido la mitad en el curso de tres años, y en 1983 la balanza de pagos corrientes del conjunto de los países de la OPEP ha sido deficitaria en más de treinta mil millones de dólares. Como se ve, estamos lejos del problema que hace unos años estaba de moda, de saber cómo diablos reciclar los petrodólares. Mejor aún: ciertas centrales nucleares construidas o previstas para reemplazar al petróleo corren serio peligro de convertirse a su vez en superfluas.

Pero esta inversión completa de la situación era ya un fenómeno comprobado cuando varios países industriales, entre ellos Francia, firmaron en 1982 con Argelia, y sobre todo con la URSS, contratos en firme de importación de gas muy superiores a sus necesidades, y a precios ruinosos. Los contratos de gas se hacen según la fórmula *take or pay*; es decir, que el comprador ha de pagar a la tarifa convenida incluso las cantidades que no recibe. Como es inimaginable que los gobiernos culpables de esta equivocación no dispusieran de informaciones que estaban al alcance de todo el mundo, la única explicación es que no

tuvieron en cuenta unas informaciones de las que disponían. ¿Por qué? Este es uno de los enigmas de nuestro tiempo, en este caso y en otros muchos.

¿Acaso semejante ceguera se debe a que los gobernantes no tienen tiempo de prestar atención a las «tendencias pesadas», a las evoluciones a largo plazo y a las transformaciones profundas? La relación entre el progreso técnico y el empleo, la hipótesis revolucionaria de que tal vez nos dirigimos hacia el «fin del trabajo», o al menos hacia su marginalidad, es el signo de una mutación que los políticos difícilmente pueden integrar en su acción cotidiana. Pero desde luego es la única.

El informe del Ifri tampoco deja de conducirnos a una pregunta que hoy está en todos los labios: ¿quién puede dirigir una economía? Admitiendo que «conducir» en este ámbito cada vez será menos apropiado, ya que los poderes públicos son cada vez menos capaces de su función, los autores del Ramsés constatan a su vez «la irrupción de la sociedad civil en un dominio sometido hasta entonces a un pequeño número de actores». Muy ciertamente recuerdan que la rebelión de los contribuyentes californianos en 1979 y el voto de la «proposición 13», a juzgar por los sondeos, significan, más que una insatisfacción respecto al impuesto (9% de los interrogados), una insatisfacción respecto a los poderes públicos (36%).

Esta actitud es aún más fuerte en el tercer mundo que en los países desarrollados. Fijémonos en dos de los males que figuran entre las principales causas de hambre y sequía: la erosión del suelo y la destrucción de los bosques, cuyos estragos aparecen detalladamente descritos en el informe Worldwatch. Sería más útil, pero más difícil, más ingrato, menos publicitario, para los dirigentes de los países asolados, combatir pacientemente esos males que ir a vociferar en las reuniones internacionales del «diálogo Norte-Sur».

Los gobiernos que han elegido las estrategias de desarrollo más dirigistas –Tanzania, Argelia o México– han terminado por figurar entre aquellos cuyas economías dependen más del extranjero. Las economías más liberales del Asia del sudeste soportan su endeudamiento, y sin control del FMI, infinitamente mejor que los latinoamericanos, que se muestran sin embargo tan celosos de su independencia. Sin duda, el contraste más intenso es el que opone el naufragio de China, prototipo de la economía de planificación centralizada, y la India, que permanece fiel a la economía de mercado. La India, después de conseguir su autonomía alimentaria, ha tenido además un índice de crecimiento regular de 3 a 4% anual, a pesar de la crisis. Los mejores resultados se han obtenido, pues, allí donde los Estados, sin permanecer inactivos, han renunciado a dárseles de demiurgos.

En síntesis, en los últimos decenios se ha visto aparecer una separación, por no decir una ruptura, entre la complejidad del mundo y la simplicidad del poder político: iba a decir, el arcaísmo persistente de este poder. El tipo de discursos que puede pronunciar, de decisiones que puede tomar o fingir tomar, sigue dominado por el momento actual, el efecto a corto plazo, la opinión inmediata. Si los estadistas desdeñan la riqueza de informaciones que las ciencias modernas ponen a su disposición, ello no se debe, o al menos no siempre, a que sean intelectualmente incapaces de utilizarlas. Lo que sucede es que son conscientes de tener en la mano un instrumento –el poder heredado del pasado– que no está hecho para utilizarlas, que no les permite convertirlas en actos.

Le Point

2 de julio de 1984